



## PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,

DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMESTICOS,

AÑO III.

Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO.

NÚM. 3.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias.	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero.	½ peso.	1 ½ pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

## DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 30 de Enero de 1880.

## REBAJA DE PRECIOS DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

## HISTORIA DE LA CAZA.

## I.

## ORÍGEN DE LA CAZA.

Siquiera sea rápidamente, aunque sin suprimir ninguno de los hechos capitales que la constituyen, vamos á emprender la grata tarea de bosquejar la historia de la caza, y la de los progresos que ha ido haciendo el noble ejercicio desde la más remota antigüedad hasta nuestros días.

Sabido es que la caza fué una de las primeras ocupaciones á que se entregó el hombre, ya para defenderse de los animales dañinos, ya para apoderarse de aquellos cuyos despojos le eran precisos para subvenir á sus necesidades, encontrando, más en su inteligencia que en su fuerza, los medios de dominar á todos los seres de la creacion. Primero sometió á su voluntad á los animales más dóciles, convirtiéndolos en auxiliares y compañeros en sus trabajos, y luego ejerció su poder sobre aquellos cuya agilidad, ferocidad y fuerza parecia que los colocaba fuera del alcance de su dominio. Algunos animales, en virtud del ascendiente mismo del rey de lo creado, no son ya más que auxiliares y cómplices de la esclavitud á que ha sometido á los otros.

Este imperio del hombre sobre los animales, dice Buffon, es el imperio del espíritu sobre la materia: si no fuese el primero del orden de los animales, se congregarian los segundos para disputarle la supremacía; pero el hombre rige y manda por la superioridad natural que en sí tiene: piensa, y es por consiguiente el dueño y señor de los seres que carecen de tan preciosa facultad.

La caza y la pesca son los medios de que se vale á fin de apoderarse de los animales que esquivan su presencia, mas ya sea que el agresor quiera dar la muerte ó sólo trate de imponer esclavitud, no siempre consigue fácil victoria, y tiene ocasion muchas veces de admirar la fuerza, el ánimo, la astucia y la destreza que emplean los animales para inutilizar las asechanzas de sus enemigos.

La pesca, ejercicio ménos grande y ménos ejercido por los hombres opulentos, pero no ménos difícil ni de menor utilidad práctica, ofrece sus deleites á todas las clases sociales, lo mismo al pobre que al rico, sin que desdeñe tomar parte en él la mitad más hermosa y dulce del género humano, teniendo tambien este arte, por no ser

sanguinario, la condicion de ser permitido su cultivo á los sacerdotes, á quienes se prohibió el recreo de la caza por aquello de *Ecclesia abhorret à sanguine*.

Semejante en un todo al hombre de guerra, el cazador marcha provisto de instrumentos de muerte ó de cautiverio: adopta sus medios de ataque segun las costumbres, los hábitos, la fuerza ó la astucia de los animales, educando para que le auxilie en el arte destructor al caballo, al perro, al mismo leon y hasta á las aves carniceras. La industria multiplica y perfecciona sus armas, sus lazos, sus trampas y sus cebos engañadores, con lo cual consigue vencer á todos los seres vivientes, colocándolos bajo su directo dominio. El tigre, el leon, el lobo, el leopardo caen bajo sus golpes ó en la celada de sus armadijos, y hiere con la misma mano á la bestia terrible que ruge en la selva que al tímido cuadrúpedo que busca su salvacion en la fuga; al pájaro que vive de la carne y de la rapiña, ó al que alegra el espacio con la magia de sus cantos melodiosos.

Al destruir los cazadores primitivos las bestias feroces que se habian multiplicado en las primeras edades del mundo, y cuando la tierra sólo se veía habitada por tribus esparcidas de uno en otro lado, debieron su ilustracion á su propio ánimo y á los servicios que dispensaban al género humano. Acostumbrados al manejo de las armas, á la fatiga y á arrostrar peligros de todo género, fueron, al par que cazadores, los primeros guerreros conocidos.

La caza, en razon á su gran utilidad, fué un arte que se ejerció y extendió muy pronto, convirtiéndose, por consiguiente, en ejercicio muy honrado, del que se mostraron apasionados por todo extremo los hebreos, los persas, los griegos, los romanos, los celtas ó los galos y demas pueblos antiguos y modernos.

## II.

## LA CAZA ENTRE LOS JUDÍOS.

Considerado como escuela de la guerra, constituia la ocupacion favorita de los héroes del pueblo judío: David, Sanson, Banajas y tantos otros jefes de aquél eran tan hábiles cazadores como valientes guerreros, y segun por cierto y positivo se tiene, Senaar, primer reino conocido en el mundo, fué fundado por el célebre cazador Nemrod.

## III.

## LA CAZA ENTRE LOS PERSAS.

Los reyes medas, los del Ponto, y, sobre todo, los de Persia, como dice Herodoto en su libro 1, eran igualmente expertos en funciones de guerra que en las de carácter venatorio, y Xenofonte refiere que Ciro tenía una corte compuesta de cazadores que sin cesar se ejercitaban en los lances dirigidos por su soberano y dueño, y en tanto y tan alto grado estimaba Darío la caza, que dispuso al morir se inscribiese en el epitafio de su tumba que habia sido en vida un buen cazador.

## IV.

## LA CAZA ENTRE LOS GRIEGOS.

La teología de los griegos, cuya tendencia consistia en excitar á los hombres á que llevasen á cabo acciones útiles y heroicas, no creyó que debia dejar sin patron á un ejercicio convertido ya en necesidad indispensable. Diana y Apolo fueron sus protectores, invocándolos al partir para la caza, ofreciéndoles sacrificios y hasta atribuyéndoles el arte de amaestrar á los perros. De aquí procede la fábula de Chiron, instruido en el arte por dichas divinidades con objeto de honrar su justicia.

La caza de las fieras tenía muchos puntos de semejanza con la guerra, para que Grecia no se apercibiera de que era el ejercicio más á propósito para adiestrar á los hombres en los combates, y entónces fué cuando Belona principió á compartir con Diana y Apolo el incienso de los cazadores. Platon, en el libro VIII de su *República*, sea que considerase la caza como ocupacion ordinaria de los que la antigüedad llamaba semidioses, sea que la creyese concedida al hombre por los dioses mismos con el fin de atender á su subsistencia, prohibió en una de sus leyes que nadie pusiese obstáculo á los cazadores sagrados para cazar en el tiempo y lugar que tuviesen por conveniente.

Xenofonte, que fué á la vez gran guerrero, concienzudo historiador y filósofo político, ha hablado de la caza prodigándola infinitos elogios. Acostumbra, dice, á los hombres á levantarse temprano y á soportar las impresiones del calor y del frio: aguza el entendimiento, desarrolla el ingenio, contribuye á mantener la buena salud, perfecciona el oído y la vista, retrasa y evita las caduci-



dades de la vejez, hace á los hombres fuertes y robustos y los dispone á soportar las penalidades de la vida militar. Sobre este asunto escribió un tratado, traducido en 1801 por J. B. Gail, profesor de literatura griega, en el cual determina la edad mejor para dedicarse á tal ejercicio, lo mismo que las condiciones físicas y morales de que han de estar dotados los cazadores: habla del uso de lazos y redes, que describe perfectamente; caracteriza las diferentes castas de perros que pueden ser útiles; indica las estaciones, los terrenos, y hasta los tonos de música que han de adoptarse para obtener mejores resultados. Por último, se esmera en demostrar cuánto influye la caza en los trabajos militares, y cuánto por su índole predispone el ánimo hácia la virtud. Dicho se está que no pone en olvido refutar la doctrina de los sofistas que se muestran contrarios al orden de sus ideas. Para excitar el orgullo nacional de sus compatriotas, el célebre autor les cita los héroes que han honrado á su país y que eran á la vez hijos de Latona y de Marte.

«La caza, escribe, es un invento de Apolo y de Diana, divinidades que dieron lecciones de ella á Chiron para recompensar la justicia de este último, quien las recibió con gozo, aprovechándose mucho de ellas. Sus discípulos en esta como en otras nobles artes fueron Céfalo, Esculapio, Melanion, Nestor, Amfírao, Peleo, Telamón, Meleagro, Teseo, Hipólito, Palamedo, Ulises, Mnésteo, Diomedes, Cástor, Polux, Machaon, Podalíro, Eneas y Aquiles, honrados cada uno por los inmortales en su época respectiva. Distinguidos por sus virtudes, gracias á la pasión que sentían por la caza y otros ejercicios, han logrado ser objeto de nuestra admiración.»

Luégo relata el autor cómo se distinguió cada uno de dichos grandes hombres, recibiendo al fin la corona de la inmortalidad.

Todos los hombres que en los primeros siglos de la Grecia se hicieron notables por su valor, como Hércules, Teseo é Hipólito, su hijo, y todos los jefes de las colonias que pasaron de Egipto á Grecia, fueron, en efecto, célebres cazadores. Licurgo creía la caza tan necesaria para amoldar á los lacedemonios á las funciones de guerra, que ordenó que los niños fuesen de caza muy de mañana todos los días; disposición extensiva no sólo á los niños, sino á los hombres hechos y á los magistrados, previniéndose que cuando no estuviesen ocupados en los negocios públicos se entregasen á dicho ejercicio para no perder la costumbre de las faenas militares.

La misma ley regía en Macedonia, donde nadie podía asistir á las cenas públicas sin haber dado muerte á un jabalí fuera de las redes, y tal era la especie de gimnasia á que se dedicaban los Filipo, los Alejandro y los Perseo.

Arriano de Nicomedia, historiador de Alejandro el Grande, compuso un tratado sobre la Caza, y Oppiano de Anazarbe es conocido principalmente por su poema relativo á la caza y á la pesca.

## V.

## LA CAZA ENTRE LOS ROMANOS.

Han pretendido algunos autores que en tiempos de la república romana estaba la caza tan desconsiderada que sólo se dedicaban á ella los esclavos, fundándose en el testimonio de aquel Melancólico de que habla Salustio en la *Catilinaria*, y que habiéndose retirado de los negocios públicos no pudo resolverse á pasar las horas de recreo en lánguida y estéril ociosidad, ni á emplear el resto de sus días en ejercicios serviles, como la agricultura y la caza. Pero Horacio vino á ser el vengador del insulto hecho al noble divertimento, diciendo que la caza es un ejercicio que da reputación, salud y una larga vida.

Es evidente que los romanos fueron aficionados á cazar, afición que les fué transmitida por los griegos.

Polipo y Diodoro de Sicilia nos dicen que Escipión el Africano, joven todavía, tomó pretexto de la guerra que los romanos declararon á Macedonia para ir á aquel país á ejercitarse en la caza, asegurando que hizo tales progresos en el arte, que sobrepasó á sus mismos maestros. Sila, Sertorio, Pompeyo, César y Marco Antonio calificaron la caza de ocupación importante, formándose para la guerra en la que hacían á las fieras más indómitas.

Plinio, en fin, asegura que la caza fué el ejercicio donde se formaron los grandes capitanes de la república.

«En esta escuela, dice, se alardeaba de agilidad, se rivalizaba en velocidad con las bestias que huyen, en fuerza y audacia con las que combaten, en ingenio con las astutas, cubriéndose de gloria los hombres durante los períodos de paz, cuando sabían alejar de las campiñas á los animales feroces y poner á cubierto de sus irrupciones á los labradores.

Trajano unió al trabajo de combatir las fieras la fatiga de ir á buscarlas en sus guaridas, y su mayor placer consistía en dar con ellas en medio de los matorrales.

Ciceron, alabando la bravura de los guerreros romanos, su ardor y su ímpetu en los combates, se expresa de esta manera: *Ibant in praelium corpore tauri validissimi, impetu leonis acerissimi similes*, y Salustio, describiendo la destreza y las prácticas de que se valía Catilina para granjearse la amistad de los jóvenes á quienes quería atraer á su partido, dice que les compraba perros y caballos, demostrándonos con esto que en Roma era la caza el divertimento de los jóvenes pertenecientes así á casas patricias como á las plebeyas.

Los emperadores romanos del Bajo Imperio fueron también grandes cazadores, distinguiéndose Honorio entre ellos, y Julio Capitolino asegura que el emperador Maximino no ejercitaba sus legiones de otro modo que llevándolas á continuas y peligrosas cacerías. En las estatuas antiguas se ven aún algunos de esos emperadores teniendo en la mano el *venabulum*, especie de pica de que se servían en sus expediciones venatorias.

La afición á la caza se ha transmitido intacta y con toda su pureza á las naciones modernas, porque lo mismo que la de la pesca y la de la agricultura, es natural en el hombre.

«La caza, dice Buffon, es el único recreo que hace olvidar enteramente los asuntos enojosos, el solo desahogo sin molición, y el que nos proporciona un placer más vivo sin languidez, sin mezcla y sin peligro de saciedad; pero es forzoso convenir en que debe ser el divertimento de los ricos y no la ocupación del útil artesano, ni la del modesto labrador.»

Dada ya una idea general de la caza en los tiempos antiguos, nos ocuparemos especialmente en el próximo artículo de la que hacían los celtas en los frondosos y renombrados bosques de la extensa Galia.

C. T.

## EL VENADO.

(Véase la lámina de la página 21.)

¿Por qué le llamamos noble? Mucho se puede decir sobre este epíteto. Después del *schelch*, que se cazó hasta la época de los Niebelungen, y que ha desaparecido por completo, el alce sólo se encuentra hoy rarisísimas veces en territorio alemán, sucediendo lo mismo con los toros salvajes, denominados en tudesco *tur* y *ur*, que no existen ya en las comarcas en donde ántes se hallaban, ó se encuentran en cotos vedados; y siendo, por tanto, el venado el cuadrúpedo salvaje de mayor tamaño y más noble, cuya caza ocupaba ántes á la aristocracia alemana, y se reservaba especialmente para ella, como há poco y hoy mismo es un recreo favorito, y la principal pieza perseguida por sus perros en las regiones en que todavía se usa esta escogida diversion venatoria.

Lícito es apellidarle también noble porque en su forma reúne la fuerza, la gracia y la armonía, y porque su poderosa cornamenta le adorna como una corona. No hay animal alguno indígena, ni ántes lo ha habido, que en su conjunto pueda compararsele. Los toros salvajes son colosos de fuerza bruta, pero sin gracia ni belleza, y el alce, cuando se examina su figura, choca por la longitud de sus piernas, lo corto de su cuello, por su cabeza de asno y por sus proporciones poco simétricas, al mismo tiempo que sus cuernos, comparados con los del ciervo, nos parecen imperfectos y feos. Bien puede, pues, asegurarse, por lo que hace á la belleza de la forma, que no sólo es superior á todos los demás animales indígenas, sino á todos los venados del mundo, y que no encuentra otro rival que le dispute esta palma, sino en el *wagiti* ó venado norte americano.

Si el valor es también el distintivo de la nobleza, con

razón se da ese título á nuestro venado, porque éste, en la época del celo, hasta para el hombre es peligroso. Los combates que se libran en este período, peleando entre sí con bramidos homéricos, é hiriéndose con tanto valor como encono, son comparables á los torneos de la Edad Media, en que lidiaban los caballeros por lograr los favores de sus damas. También se distingue el venado por su agilidad y su fuerza; es hábil en pelear con sus armas, y veloz é incansable en su carrera, salvando espacios de 5 á 6 metros en sus saltos, y traspasando con soltura obstáculos de 2 metros de alto, nadando como pocos animales, y estando dotado de un olfato excelente, puesto que, á favor del viento, huele al cazador hasta á 600 pasos. Su oído es muy fino, como lo demuestran sus largas y tendidas orejas, que se dirigen á su voluntad en todas direcciones, facilitándole hasta un punto indecible la percepción de los sonidos más leves. Y hé aquí otro de sus títulos de nobleza, puesto que sus sentidos tan perfectos hacen su caza tan difícil, y la mayor alabanza que se puede decir de un cazador es que sobresale en la caza del venado.

Pocos cazadores hay, por cierto, de esta clase. ¡Cómo ha de ser de otra manera! Los venados no abundan seguramente en nuestro territorio, y hay en él zonas considerables, y hasta con extensos bosques, no holladas hoy por la pezuña de venado alguno. Si fuese dable señalar en un mapa de Europa las comarcas habitadas por estos animales, se observarían sólo manchas aisladas, que ocuparían algunas millas en cuadro, y vastas zonas de la misma, por ejemplo, toda la Suiza, aparecerían sin ellos, y no porque afecten las selvas entre nosotros la forma de islas, sino porque hay muchas, en las cuales falta el venado en absoluto.

Este parcelamiento de los venados es un hecho desagradable para el cazador, aunque en cambio ofrezca ocasión al naturalista para estudiar más á fondo sus efectos, siendo uno de ellos, y de los más interesantes por las reflexiones que sugiere, el relativo á las colecciones de cuernos, por su importancia para la Historia Natural, y porque se relaciona con la creciente afición que se despierta hoy hácia estos estudios.

Y, á la verdad, cuando se considera una colección numerosa de cuernos de venado nos sorprende su variedad extraordinaria, y nos preguntamos con razón cuál es la causa de este fenómeno, y por qué en esta parte se separa tanto la naturaleza de sus reglas acostumbradas, influyendo del mismo modo en individuos jóvenes y viejos.

Uno de los principales motivos de esta variedad es que el venado muda sus cuernos cada año, y que los nuevos ocupan el lugar de los antiguos, y los unos se diferencian siempre de los otros; los nuevos son por lo general más fuertes; los troncos más y más diversamente desarrollados, aumentándose el número de las puntas. Estos cambios, que la edad de los venados ocasiona, han sido estudiados atentamente por Blasius. Antes de él se señalaba la edad de los venados por las puntas, puesto que lo ordinario es echar una más cada año, lo cual, sin embargo, no es aplicable á un solo y mismo individuo, puesto que no sólo sucede que su número sea el del año anterior, sino menor, y, por tanto, nos exponemos á errar, si, fundándonos en ese dato, esto es, en la igualdad del número de puntas, consideramos de la misma edad á dos individuos distintos en los cuales concurre esta circunstancia. Contra esta opinión ha demostrado Blasius que el signo principal que ha de tenerse en cuenta para conocer la edad ha de ser el de los nudos de los brazos ó ramas de los cuernos, puesto que la punta puede faltar, ocupando su lugar en la rama un nudo, ó siempre, ó como yo me atrevo prudentemente á asegurar, en muchos más casos que la punta.

Hay más: cuando se observa varios años los cuernos de un solo venado, se supone, de uno cautivo, y se comparan con los de otro, nos convencemos fácilmente de que en el mismo individuo, además de las diferencias de la edad, se reproducen siempre ciertas particularidades en su modelado, más ó menos diversas de las que ofrecen otros, á las cuales llamamos caracteres individuales.

El tercer punto es el relativo á las diferencias que se notan en los cuernos de venados de lugares distintos. Si se examina la colección de cualquiera cazador formada sin plan, pero de venados de un mismo distrito, llama la aten-



ción desde luego la singular semejanza de todos los cuernos en forma, color, modelado, angulación y perlado, hasta tal punto, que nos inclinamos á considerarlos como á miembros de una misma familia, ó, para hablar con más propiedad, de parientes consanguíneos. Este carácter local cambia en cuanto nos trasladamos á otra región. En el año actual, y en poco tiempo, he examinado dos colecciones diversas de esta clase: una, de venados del Murgthal, y otra, del bosque de Hagenau, cuyo contraste es harto singular. En algunas posadas de Alb, en la Suabia, se encuentran colecciones de cuernos de venados de este país que ya han desaparecido, y ofrecen particularidades, que los diferencian seguramente de los de Schonbusch y Schwartzewald, como son á su vez diversos de los de Allgau, en el Wurtemberg. Se puede, por tanto, afirmar que, cuanto más distantes están unos venados de otros, más diversos son también sus cuernos, y así se comprende, por ejemplo, que la longitud y la abertura de los ángulos de los cuernos de los venados de la cuenca del Danubio, formen notable contraste con los puntiagudos, estrechos y llenos de puntas de los nuestros de la Suabia.

Es lástima que los coleccionistas, á que aludimos, atribuyan poca importancia al conocimiento de los lugares de donde los cuernos provienen, y que en ninguna colección, por lo ménos que yo sepa, se hayan clasificado con arreglo á su procedencia, como debiera hacerse para interesar á los naturalistas. Es, pues, de esperar que hoy, en la actual situación de las cosas, estos caracteres locales sean más gráficos y determinados, por hallarse separadas esas regiones por vastos espacios; y siendo así, forman los venados de cada una una sección aparte, aumentándose la semejanza que hay entre ellos y la diversidad característica de las localidades, como se observa, con arreglo á todas las experiencias hechas hasta ahora, en los rebaños de animales domésticos sujetos á condiciones análogas.

Sería erróneo, sin embargo, pensar que los venados de distintos parajes sólo se diferencian en los cuernos. He oído decir muchas veces á los cazadores, que nadie hay tan inteligente en esta materia, que pueda señalar con toda exactitud la procedencia local de un venado, y que los signos para hacerlo son falsos y superficiales. Esto equivale, si se considera el aspecto de una colección de retratos de labradores de distintas localidades, á decir que es incomprendible que nadie pueda conocer exactamente á cada uno de los labradores, apareciendo en realidad tan semejantes. Verdad es que las diferencias entre los venados de varias regiones no son tan profundas como entre los campesinos, pero son grandes, no obstante, para señalar en seguida los caracteres extraños, si el venado del artista pertenece á otra comarca que la del crítico. Pero es singular que á tan decisivo juicio se sujeten las figuras de venados, que justamente se caracterizan por su semejanza, y que las censuras emanen de los mismos, que se hallan por sus condiciones en la situación más favorable para diferenciarlos.

Propósito loable é interesante sería de positivo para un cazador opulento el de formar una colección de imágenes exactas de los venados de todas las regiones de Europa para que pudieran compararse los estudiosos, y con tanta mayor razón, cuanto que el número de esas comarcas no es hoy considerable.

Y ya que de cuernos tratamos, examinémoslos también bajo otro aspecto. A primera vista parece la cornamenta de este animal, destinado á vivir en las selvas, un adorno incómodo y contraproducente, puesto que en sus largas carreras por las espesuras del monte ha de suscitarle continuos tropiezos con las ramas, y esta opinión se confirma cuando, al montar, se oye el ruido que produce el venado fugitivo en su carrera por el bosque, originado de los golpes de sus cuernos en el ramaje. Antes pensaba yo así también, y tranquilizaba mi conciencia científica reflexionando que la principal utilidad que reportaba el venado de su cabeza, estaba relacionada íntimamente con su defensa en la lucha para la propagación de la especie, aún á costa de su existencia bajo otro aspecto, que exigía mayor facilidad en su carrera, por cuya razón se transformaba en víctima propiciatoria de su destino. Pero meditando algo más cerca de este punto se comprende que semejante opinión no es exacta, y que en realidad no hay tal sacrificio, puesto que sus cuernos están maravillosamente confor-

mados para su objeto; y como hasta hoy nada he leído sobre esta cuestión, me propongo discutirla con prolijidad, ya en uno, ya en otro sentido, comenzando por señalar la importancia de sus cuernos como armas para la lucha.

Si los comparamos en su disposición con cualquiera otra arma de percusión humana, observamos que ésta sólo tiene una guarda ó defensa, y muchas los cuernos del venado, tantas cuantas son sus puntas. Dedúcese de esta circunstancia que las armas de este animal más son defensivas que ofensivas, teniendo sólo tal carácter los mogotes ó puntas más próximos á su cabeza. Todo lo demás es esencialmente defensivo para resguardarlos de los ataques de sus rivales, sirviendo también para enlazarlos y pelear con ellos. La pelea de los ciervos consiste, en lo esencial, en forcejear entre sí, cediendo el más débil y siendo derribado, en cuya situación puede el vencedor usar de las puntas ofensivas para herir á su rival sobre seguro. Pero esto sucede pocas veces; y aunque en ocasiones termine el duelo trágicamente, no es, sin embargo, lo más común, porque no lo consiente la sabia economía de la naturaleza. Sería inexplicable que hubiese animales conformados especialmente para matarse unos á otros, cuando uno de los principales objetos de la misma naturaleza es la conservación de las especies, la cual correría grave peligro, si los venados más fuertes hubieran de matar necesariamente á los más jóvenes y débiles. Si lo viejo desaparece, ¿quién ha de reemplazarlo? La forma, pues, de estas armas demuestra que su aplicación no es otra que el alejamiento del rival del palenque amoroso en la época del celo, y que son apropiadas para cansarlo, y al mismo tiempo sin recibir los combatientes grave daño.

Y ahora examinemos la cuestión siguiente: ¿de qué sirven sus cuernos al venado en la carrera?

Encuentro su respuesta en que indudablemente le facilitan atravesar las espesuras. Coloquemos, si no, una cabeza de venado, provista de cuernos, en la posición en que se nos muestra en la carrera, y contemplémosla en el suelo desde arriba, y entonces observaremos que su forma en general es la de una cuña ó pala de nieve. El lector se inclinará acaso á pensar que la cabeza sin los cuernos cortaría mejor las ramas que con ellos; pero la verdad es que no es sola la cabeza la que ha de atravesar la espesura, sino todo el cuerpo, y hé aquí el objeto de los cuernos. Supongamos á un venado en una umbría, lugar que tanto le agrada, y que hay en ella dos troncos ó ramas tan próximas, que el cuerpo del venado no puede pasar entre ellas; si no tuviese cuernos é intentara pasar entre ambas, sus costados sufrirían más ó ménos daño, ó se vería expuesto al peligro de abrirse paso con la cruz y después con las articulaciones de las patas traseras. Pero en vez de esto introduce entre las ramas su cornamenta en forma de cuña, y las separa de tal modo, que su cuerpo pasa entre ellas ileso, aunque ambas ramas se junten por completo en la tierra, y aunque sus cuernos no sean tan largos como su cuerpo, ya que éste, en la velocidad de su carrera, tiene tiempo sobrado para salvar el obstáculo antes que las ramas se junten de nuevo.

Mientras los dos brazos principales de los cuernos apartan, como queda dicho, las dos ramas verticales, las puntas de los cuernos hacen lo mismo con las ramillas horizontales, levantándolas de suerte que, cuando se juntan otra vez, ya ha pasado el cuerpo, y sólo las puntas inmediatas á los ojos arancan las ramas, por cuya razón, al salir el venado de la espesura aparece coronado de hojas. El auxilio, pues, que las partes más fuertes de la cornamenta con las más débiles prestan al venado, nos explica que este animal, de gran tamaño, prefiera en su huida atravesar las espesuras, por las cuales el hombre, *verbi gratia*, no puede discurrir sino lentamente y con grandes precauciones. Pero ¿y las ciervas? Estas no disfrutan de tal ventaja, y han de atravesar como puedan los matorrales, con tanta mayor razón, cuanto que yo he observado, en las pocas monterías á que he asistido, que las recorren con grandes dificultades, evitándolas cuanto pueden, al paso que el venado se hunde sin vacilar en ellas. Al contrario, la cierva camina con más ligereza que el venado en monte de árboles elevados, cuyos troncos no pueden separarse, mientras que en el monte bajo ó los sembrados las probabilidades de salvación son iguales para ambos. Por lo demás, el monte de grandes árboles

no dificulta mucho la carrera del venado, cuando sus troncos se hallan unos de otros á regular distancia. Cuando crecen y se elevan las arboledas nuevas, no se aclaran sólo por el guarda-bosque, sino por sí mismas, porque todo árbol, delante del cual brotan sus rivales y se elevan, sucumbe también por necesidad. También luchan los árboles por la vida, y también los más débiles perecen.

El venado es un animal sociable, aunque á su manera, porque mientras los demás cuadrúpedos de esta clase se reúnen siempre por ser miembros de una misma familia, los venados sólo lo hacen en la época del celo, en la cual su reunión no se distingue sin duda por lo pacífica, puesto que el venado más fuerte pelea sin cesar con todos sus rivales, ensañándose con ellos y persiguiendo y llevando ante sí á las hembras. Fuera de este período la reunión se subdivide en otras dos, ó mejor dicho, en tres secciones; los venados más fuertes, los capitanes, viven solitarios; los más pacíficos, los que comienzan á echar las sextas puntas, forman otra manada, y con las ciervas se quedan los cervatillos y cervatillas, y los de dos años y de cabeza ahorquillada, entre los machos. La manada de los últimos se subdivide después cuando se acerca la época del parto, á fines de Mayo ó principios de Junio; las ciervas más viejas preñadas vuelven á la soledad, en la cual permanecen hasta que las crías pueden seguir fácilmente á las madres, reuniéndose entonces de nuevo con la manada de los de dos años, los de cabeza ahorquillada y los cervatillos añales. Estas diversas manadas no se juntan nunca.

Resulta, pues, que los vínculos de familia no son muy estrechos, y ménos los matrimoniales, y que por tanto no ejercen influencia ventajosa en el carácter de los venados. No son, pues, benévolos y carecen de virtudes sociales propiamente dichas, debiendo observarse que, entre los toros y caballos salvajes, en cuyas manadas se quedan los machos, los defienden éstos de los animales carnívoros, y poseen los protectores cierto valor caballeresco, y los protegidos tienen confianza en aquellos y obedecen á ciertos vínculos de inferioridad, lo cual constituye entre todas una mutua dependencia y exige sociales atenciones. Entre los venados su reunión incompleta reconoce por causa su no disimulada cobardía, que sólo desaparece durante el celo; pero según todas las apariencias, más bien cediendo al impulso de violentas pasiones que en virtud de valor metódico y sereno. El venado se educa cobardemente, puesto que en su juventud se halla al lado de su madre inerte, pronta siempre á buscar su salvación en la huida. ¿Es extraño entonces acaso que, ya adulto, no sea tampoco un héroe distinguido, y que una manada entera de venados jóvenes emprenda la fuga á la simple vista de alguna vieja?

Sin duda han de exceptuarse los venados cautivos, que han perdido el miedo al hombre, porque son de ordinario muy mal intencionados, propensos á embestir, y han causado algunas desgracias. Falta al venado la confianza en sí mismo, que se nota en otros cuadrúpedos que andan en manadas; son recelosos y tímidos, y se muestran por lo común aturdidos y ligeros, por cuya razón, cuando le amenaza el peligro, apela principalmente al auxilio de sus sentidos finísimos y á su rápida carrera. No puede olvidar mientras vive que ha sido criado por una madre cobarde, puesto que la educación del valor pide un maestro valiente.

Se deduce también de lo expuesto que el venado carece de virtudes conyugales; trata brutalmente á la cierva, y aún la mata con frecuencia en cautiverio; y como efecto de su grosería, le causan los venados más débiles justos quebrantos y penalidades en la época del celo, ya que de otro modo apenas podrían librarse las ciervas de su vehemente y rústico furor. No librarnos, sin embargo, imparciales si calláramos que la cierva merece por nuestra parte más respeto que el venado. No es indudablemente modelo de castidad conyugal, pero es una madre ejemplar defendiendo á manotadas á su hijuelo de zorras y lobos, con valor y con energía, y educándolo tan bien como alcanzan sus fuerzas. En cautiverio es mucho más dulce, cariñosa y amable; en una palabra, es un modelo de virtudes sociales, porque los instintos maternales predominan en su carácter. El venado, pues, nos ofrece una imagen de la vida matrimonial liberti-



na, en la cual sólo brilla el astro del amor maternal.

La alimentacion del venado es muy variada, y la causa principal de los daños que causa á la agricultura. Los sembrados le ofrecen tan grato y variado pasto, que en el tiempo en que más lozanos se ostentan, no sólo los visita de noche, sino que fija en ellos su habitual residencia, si los despoblados lo consienten, produciendo estragos sin cuento. Devora las espigas verdes, siega los trigos, se come la hortaliza, las hierbas de los prados y las plantas oleaginosas, desentierra con las manos las patatas, arranca el fruto de los árboles y la corteza de los frutales tiernos, y no sólo destroza, al encamarse, los sembrados, sino que se revuelca con placer en ellos; en una palabra, se hace reo de los mayores crímenes contra la agricultura, y con tanta mayor razon, cuanto que no le falta en el monte el más variado alimento.

En él crecen, en efecto, para su regalo hierbas tiernas y leguminosas, hojas de espinos y de otros árboles y arbustos, succulentos y delicados renuevos y sabrosas setas, que durante el celo casi constituyen su único pasto, y algunas venenosas para el hombre, bellotas y frutos de haya, y en la época del año más triste para él, la corteza de los árboles y las yemas le proporcionan un alimento que digiere perfectamente su estómago.

El descortezamiento de los árboles, por lo demas, pone al venado en pugna con los guarda-bosques, y hasta su costumbre de refregar los cuernos contra los troncos para sacudir en la muda los viejos y preparar la salida de los nuevos, perjudica y arruina á los árboles. En los montes nuevos, á su principio, infiere graves daños, devorando las plantas y hollándolas, por cuyo motivo en las comarcas en donde abundan los venados padece no poco la selvicultura.

En las regiones en donde no existen los grandes carnívoros tiene el venado por enemigos principales al hombre y á la zorra. Esta, en la juventud del ciervo, y á pesar de la vigilancia de su madre, pone su vida en inminente peligro, siendo su presa muchos cervatillos, y más tarde le afligen cuatro enfermedades, dos que afectan á su piel y otras dos á la boca.

Las dos primeras, la *Hipoderma acteon* y la *Diana*, peculiares de estos animales, se presentan en Mayo y Junio, época en que la mosca deposita sus huevos en los lomos del ciervo. El insecto se fija entre la piel y los músculos, sin que su existencia se manifieste en lo exterior, puesto que el agujero de la entrada se cierra completamente y sin molestar al venado. Pero cuando muda la piel el insecto (á fin de Enero ó principios de Febrero) la enfermedad toma diverso carácter, porque el cuerpo del sarcófago se llena de apretadas y punzantes espinas, y al moverse produce grande irritacion en los tejidos animales contiguos. Los bubones ó tumores que forma son ya sensibles exteriormente, bajo la figura de hinchazones circulares, en las cuales aparece una boca, de donde corre un líquido purulento, y sirven al insecto, llamado *gusano* por los cazadores, para asomarse á respirar por ellos por su parte posterior. En tal estado persiste hasta el mes de Abril, en cuya época el gusano sale de su encierro, cae en tierra y se transforma en una crisálida color castaño claro, de la cual sale en Mayo la mosca. Pocos dias despues que la larva ha dejado el agujero se cierra éste, y al mes ya no quedan vestigios ó señales del mismo. Excusamos decir que mientras padece el venado esta dolencia forunculosa no sirven sus pieles para el curtido.

Las dos enfermedades de la garganta del venado se llaman *Cephanomyia rufibarbis* y *Pbaryngomyia picta*. Los insectos que la engendran no se desprenden de sus huevos, sino los retienen despues de la fecundacion en su parte posterior, hasta que salen de ellos los gusanillos y son depositados en el venado. Brauen, á quien se deben las investigaciones más exactas sobre estas enfermedades, se expresa de esta manera:

«A la hora del mediodía, cuando se hacía sentir el sol con toda su fuerza, porque en la mañana habia estallado una tempestad y el aire era abrasador y apenas se percibía, volaban á los rayos del sol estos insectillos, y cercaban en sentido perpendicular las cabezas de los venados. Mientras los mosquitos circulan sin ruido, los persigue el venado con la vista, hiere la tierra inquieto, cierra las narices y respira resoplando. De repente asaltan las moscas

sus narices abiertas, pero sin fijarse, sino dando en ellas vueltas rápidas, que se repiten muchas veces. El venado comienza á estornudar en seguida, cocea, intenta rascarse las narices con las patas, ó restregárselas con las manos, y por último, acosado por las garras de su enemigo, emprende precipitada fuga; se detiene despues, estornuda y escupe, sacude violentamente su cabeza con sus patas, cocea contra las moscas, que caen á veces en tierra en virtud de los fuertes estornudos del venado, se levantan precipitadamente zumbando y se alejan con lentitud.

La presencia de una sola de estas moscas produce un movimiento singular en una manada entera de venados, puesto que al punto enderezan todos las orejas, miran hácia arriba y cierran las narices. Mientras la mosca voltea al rededor de la manada y propina á cada uno de sus enemigos sus gusanos, produce un singular movimiento rítmico en toda la manada, porque todos los venados cocean y resoplan dos ó cuatro veces hasta que la mosca se aleja, ó los venados se desbandan apresuradamente, repitiéndose despues el mismo movimiento en una segunda manada, si se encuentra inmediata á la primera.

Estos movimientos del venado son muy comprensibles, si se considera que la mosca está dando á luz sus gusanos, y cada vez que se precipita contra sus narices deposita en ellas una gota de larvas muy vivaces, que se agarran con sus uñas afiladas, produciendo insoportable comezon. Si un solo venado es asaltado consecutivamente por varias moscas se llena de sangre su hocico, enrojeciéndose su piel sobre manera.

Las larvas se sitúan en la garganta, al rededor de las partes blandas de la cavidad bucal y en el nacimiento de la lengua, y pueden penetrar hácia la cabeza. Si no son muchas, sólo causan una irritacion catarral en la mucosa; pero si es grande su número, llegan á matar al animal paciente, cortando por completo su respiracion. La época más frecuente de esta enfermedad es la primavera. Cuando las larvas han adquirido todo su desarrollo, salen por la nariz con el auxilio de los fuertes estornudos que originan.

GUSTAVE JAEGER.  
(T. por EDUARDO MIER.)

## LA PESCA CON CORCHO.

(Véase la lámina de la página 24.)

La pesca con corcho es la más sencilla, la más conocida, y por la que principian todos los pescadores.

Pero si esta pesca no ofrece nada de particular en sí misma, su buen ó mal éxito depende de las circunstancias y de la casualidad, pues como todas las cosas de este mundo, tiene sus dias felices ó desgraciados.

El corcho, tal como se le encuentra en el comercio, tiene diferentes tamaños, y es el producto de una especie de encina que se cria espontáneamente en la Europa meridional, que poseemos en abundancia en España, y que ademas se encuentra en los Pirineos Orientales y los Alpes.

Su nombre botánico es *Quercus suber*. Esta encina crece en los terrenos áridos, pedregosos y en las arenas. Al cabo de ocho á diez años la corteza adquiere el suficiente espesor para que se pueda recolectar ventajosamente.

Para la recoleccion se procede de la manera siguiente: se practica una incision circular en la parte alta y baja del tronco, se hace otra incision verticalmente, y se separa esta corteza con precaucion para no estropear la corteza interior ó *líber* que hace vivir al árbol.

El corcho es á la vez una materia muy tierna y muy resistente. Se trabaja con facilidad con una sierra muy fina. Cuando se ha cortado el trozo del tamaño apetecido es necesario darle la forma exacta. Dos medios se pueden practicar para esta operacion: la lima ó el cuchillo. Los dos pueden usarse, pero los resultados son diversos. Pues si se emplea la lima, ésta deja varias estrías, que despues hay que igualar con papel de lija.

Cualquiera que sea el trabajo que se quiera emplear en el corcho para la pesca, es preciso primeramente escogerlo de la mejor calidad que sea posible, comprarlo en pedazos grandes, que sean suficientes para todas las necesidades de la pesca con caña, y dejar los otros pedazos in-

feriores para las necesidades de los pescadores con redes.

El empleo del cuchillo para preparar el corcho ofrece muchas dificultades: es preciso que la hoja sea muy flexible y que esté muy afilada, y que, ademas, se corte el corcho al traves de su hilo, un poco oblicuamente, redondeándolo de un golpe para no dejar rebabas.

La preparacion del corcho exige que el pescador sepa hacer con perfeccion el agujero que lo atraviesa. Esta operacion se ejecuta fácilmente con una lima especial llamada *rabo de raton*. Se principia por hacer un agujero en el corcho con un punzon, despues se introduce poco á poco la punta del *rabo de raton*, y se ensancha el agujero del corcho hasta el punto deseado.

Por último, se pinta el corcho con una pintura cualquiera, y se barniza despues, dándole varias manos, á fin de que la superficie del corcho quede muy lisa y brillante.

Esta pintura tiene su razon de ser y su utilidad. En primer lugar, eligiendo un color muy visible, permite al pescador distinguir más fácilmente y más lejos su corcho en el agua, lo que es muy ventajoso en las pescas de madrugada y al anochecer. En segundo lugar, como el corcho es poroso, absorbe cuando está sin pintar cierta cantidad de agua, que reemplaza el aire de los poros y le hace mucho menos ligero; cuando se ha hecho impermeable por una capa de barniz, guarda todas sus propiedades hasta despues de una larga permanencia en el agua.

Ahora bien: cuando un corcho está equilibrado con el mayor esmero, es de una gran sensibilidad, cosa extremadamente útil para la pesca sedentaria de agua dulce; la absorcion de ésta por el corcho basta para destruir este equilibrio. Para conseguir esto será bueno que se aplique la pintura de modo que cubra todos los intersticios que tenga el corcho, para que el agua no pueda introducirse en él.

Un corcho bien construido es una obra de paciencia y utilidad, cuya importancia verdadera sólo puede comprender un pescador.

Ahora sólo nos queda atarlo al sedal y dirigirnos á la ría. Pocas cosas hay tan bellas como una ría en una hermosa tarde de verano, á la hora en que termina un dia de trabajo. La muchedumbre de barcos de todas clases que entra en el puerto es inmensa, deslizándose á la sombra de los altos picos de las montañas que el sol esmalta con cambiantes de oro y azul. Los unos, pesadamente cargados, caminan lentamente; los otros, más ligeros, llegan ántes al muelle.

Las rías, por regla general, están llenas de pescados, pero desgraciadamente, como no se deja jamas de pescar en ellas en ninguna estacion, el pescado no tiene tiempo de crecer; sin embargo, no nos arredremos por eso; arrojemos nuestro anzuelo, que siempre nos traerá en su afilada punta enganchada alguna anguila, barbo, ó perca de hermoso color y regular tamaño, sobre todo si el dia está claro y sereno; pues si el tiempo presagia tempestad, no hay pesca posible para el pescador de caña.

V. C.

## CAZA DE TIBURONES EN POLINESIA.

Nouka-Hiva, reina espléndida del sonriente archipiélago de las islas Marquesas, se encuentra habitada por media docena de tribus salvajes, pertenecientes á esa magnífica raza polinesiana, que en el extremo Oriente parece competir con la no menos hermosa del Cáucaso, que admiramos en el Oriente europeo. Dichas tribus son antropófagas, no sólo por depravacion del gusto, sino por falta de artículos comestibles. Los frutos del árbol del pan y del cocotero concluyen por cansar y parecer sosos á los robustos estómagos de los *kanacos*, y como no tienen rebaños ni crían ninguna especie de ganado, toman el partido de comerse unos á otros para satisfacer ese paroxismo del hambre que periódicamente les atormenta.

Cualquiera, despues de leer esto, creeria que los naturales de las islas Marquesas son unos hombres bárbaros, crueles y feroces; pero lo cierto es que no tienen semejantes cualidades: son unos simples aficionados á la carne humana, y nada más. Pescan todo lo que encuentran en la costa y se comen todo lo que pescan, incluso los tibu-





EL VENADO



rones, esos escualos terribles y coriáceos que cruzan en las cuatro estaciones del año las aguas tranquilas y transparentes de la bahía de *Taio-Haä*.

Los kanacos los persiguen con verdadera furia, y un episodio de estas grandes cacerías es el que nos proponemos referir hoy á nuestros lectores.

Hace diez años que estuvo á punto de estallar una guerra civil en aquel territorio, cuyas discordias han hecho en el mundo ménos ruido que las que precedieron á la ruina de Troya, y sin embargo, tuvieron origen semejante, porque en Nouka-Hiva como en Ilion una mujer hermosa fué la que dió pretexto al combate.

El gran jefe de la tribu poderosa de los Haapas murió sin dejar hijos varones y sí una hija de peregrina belleza llamada Omay, cuya mano pretendía Manoak, el jefe de la tribu rival, alzándose así con el santo y la limosna, como se dice vulgarmente.

Alzáronse en armas otras tribus de segundo orden, y Manoak reunió el consejo de la suya con el propósito de intimidar á aquéllas; hizo que asistiese á él la hermosa Omay, á fin de halagar su orgullo y predisponerla en su favor, diciéndose en la Junta que el mismo Manoak iría como embajador á bordo de la corbeta *Consuelo*, surta entónces en la bahía, para pedir al capitán, en interés de la paz, algunas armas de fuego, cuya existencia en el arsenal de los Haapas sería bastante á contener á los audaces y á aquietar los ánimos más levantiscos.

Manoak sólo pudo alcanzar que le dieran diez fusiles antiguos de chispa, que servían á bordo para guarnecer una panoplia de armas viejas; pero en cuanto á municiones, no le fué posible recabar ni medio cartucho siquiera. Lo único que obtuvieron además las reiteradas súplicas del jefe kanaco consistió en doce cartucheras inútiles y destrozadas, y que se le regalaron para que la vista del continente diese lugar á la sospecha de que podría temerse el contenido.

La munificencia europea llenó de júbilo al polinesio, que quiso en cambio dar cocos, arcos, flechas y anzuelos de nácar de los que se fabrican en el país; pero el capitán del barco rehusó las ofertas, pidiendo solamente que se le hiciera presenciar una cacería de tiburones, y poder juzgar del valor y de la destreza de los hombres de la tribu en aquel arriesgado y peligroso ejercicio.

No había concluido de formular tal pensamiento, cuando Manoak hizo seña á uno de los remeros que había llevado en la piragua.

Era éste un hombre de seis piés de estatura, y tan bien proporcionado como el Antinoo ó el Apolo de Belvedere, aunque con ménos rigidez en el contorno de los músculos y de las facciones. Sobre aquel cuerpo magnífico un pintarrajeado azul y rojo, según la costumbre del país, daba al guerrero un aspecto feroz y salvaje. Perdíase el ojo derecho en arabescos infinitos, mientras el izquierdo servía de disco á un sol de innumerables rayos, que le cubrían toda la mejilla subiendo hasta el nacimiento del pelo.

Al oír la orden que Manoak le diera, sacó un afilado puñal, que se puso entre los dientes, tirándose al agua con la rapidez del relámpago.

Toda la tripulación, á través del purísimo cristal líquido de la rada, seguía con interés á aquel cuerpo que, después de bajar á los peñascos submarinos más profundos de la rada, subía tranquilamente á la superficie describiendo graciosas curvas.

Estas evoluciones llamaron mucho la atención de los tiburones que nadaban por uno y otro lado, siguiendo al hombre á cierta distancia y ajustando su marcha á la de aquél. Al cabo de veinte minutos de tal manejo, el kanaco se detuvo, volvió la espalda, é hizo una plancha quedándose en perfecta inmovilidad (1).

El tiburón que iba á la cabeza de la tropa, extrañando aquella detención súbita, detuvo su marcha durante algunos segundos; pero al notar que la presa no se movía, se volvió á su vez, y abriendo unas fauces enormes guarnecidas de cuádruple hilera de dientes, trató de asirla por medio del cuerpo.

(1) Sabido es que la conformación de la boca del tiburón le obliga á volverse hácia arriba para apoderarse de su presa, y además, que este escualo es invulnerable, excepto por la parte del vientre, circunstancias que explican la maniobra que vamos á referir.

El salvaje, que estaba en guardia, zambulló á escape, pasó por debajo del monstruo, y apareciendo en la superficie del agua, le hundió el puñal hasta la cruz. Pero el golpe fué sin duda mal dirigido, porque el animal, sano y salvo, aunque muy asustado, se sumergió en el agua y desapareció rápidamente.

Iban á estallar los gritos y los silbidos de todas partes, cuando de pronto se produjo un espectáculo que parecía la reproducción exacta del que acabamos de describir. Delante del segundo tiburón nadaba un guerrero pintarrajeado como el haapa, pero de un modo diferente, y el cual, repitiendo las evoluciones de éste, pero más hábil, más atrevido ó más dichoso, pudo clavar su cuchillo en el vientre del monstruo, abriéndole de arriba á abajo. El escualo, herido de muerte, subió á la superficie de las olas, que enrojeció con su sangre, flotando después, masa inerte, al costado de babor de la corbeta.

Una tempestad de aplausos coronó la victoria, que hizo palidecer de cólera á Manoak, porque acababa de reconocer en el intrépido cazador á Ou-Meïou, valiente y gallardo mancebo, jefe de la tribu más poderosa que le disputaba el dominio de la isla.

La tripulación colmó de elogios y de regalos á Ou-Meïou, que subió á bordo, retirándose á tierra éste lleno de orgullo, y Manoak con el corazón henchido de rabia.

Este simple episodio precipitó los sucesos, decidiéndose por una y otra parte emprender una lucha que estaba en la conciencia de todos, viniendo después á rebosar el vaso del despecho la conducta de la hermosa Omay.

Poco inclinada á unir su suerte con la del ambicioso Manoak, hizo la casualidad, nombre con que la mujer encubre á veces sus propósitos, que una tarde encontrase á Ou-Meïou en un bosque de plátanos inmediato á la bahía. Pronto se entendieron aquellos jóvenes y ardientes corazones, formando con los brazos estrecha alianza, sin apercibirse que la noche comenzaba á tender sus sombras por el espacio, cuando de improviso se oyó una horrible imprecación detras de los amantes. Ou-Meïou se volvió y vió á Manoak, seguido de tres hombres de su tribu, que blandía contra él una tremenda azagaya. Omay, rápida como el pensamiento, quiso parar el golpe sirviendo de escudo á su compañero, acto valeroso que pagó con una ancha herida en el hombro izquierdo. Quedóse Manoak inmóvil de terror, y su rival aprovechó esta circunstancia para cargar sobre sus espaldas á Omay, huyendo con ella á través de un diluvio de flechas. Á la aurora del día siguiente se rompieron las hostilidades.

Dos semanas hacía que duraba la lucha, sangrienta y terrible por ambos bandos, hasta que el capitán de la *Consuelo* intervino con su gente armada en unos acontecimientos que amenazaban dejar convertida la preciosa isla en un montón de ruinas y de humeantes cenizas.

Hizo comparecer á bordo á los dos jefes de los partidos militantes, Manoak y Ou-Meïou, que no pudieron avenirse, porque ninguno quería ceder á la bella Omay, decidiéndose al fin que ésta sería de quien mejor diese muerte á un tiburón, ganando, por supuesto, con la mano de la joven el reino absoluto de la isla.

Ante la perspectiva de aquel torneo sin precedente, de aquella justa heroica que iba á verificarse en la superficie del formidable elemento, una gran muchedumbre, engalanada como para día de fiesta, se destacó al siguiente día de los bosquecillos de naranjos, de plátanos y de limoneros que sombreaban la playa, perfumando el ambiente con la fragancia de sus frutos en flor.

Piraguas de guerra tripuladas por los combatientes de la víspera se habían apostado en silencio, siguiendo la línea de la rada, y avanzando con infinitas precauciones detras de la barca que conducía á Manoak y á Ou-Meïou, para no espantar á los tiburones, porque el menor ruido insólito espanta á dichos animales, cuyo oído percibe los ruidos á distancias increíbles, y cuyo olfato adivina así una presa como un enemigo con sagacidad maravillosa.

Llegados al sitio en que pululaban los monstruos marinos, y á cierta señal convenida de antemano, los dos rivales se arrojaron al agua, y comenzó aquella especie de juicio de Dios.

No le costó á Ou-Meïou mucho tiempo ni mucho trabajo renovar la hazaña portentosa que de él hemos refe-

rido anteriormente, dando muerte á un tiburón enorme que medía más de 12 piés de longitud.

Manoak, por su parte, tuvo la mala fortuna de elegir como adversario al tiburón más poderoso, más viejo, y por consiguiente más astuto de la rada. El animal esperó para volverse hácia arriba poder casi rozar en uno de sus giros el cuerpo de Manoak, como en efecto lo consiguió, haciendo que el hombre chocase con extremada violencia contra su invulnerable coraza. Entónces abrió las desmesuradas fauces, partiendo en dos pedazos al jefe de la tribu.

Cuando de las piraguas oyeron el grito espantoso exhalado por el kanaco, acudieron al lugar del siniestro, no encontrando ya más que restos informes y sangrientos que aquí y acullá flotaban sobre las olas, trágico desenlace que daba el triunfo y la felicidad al afortunado Ou-Meïou. Este fué reconocido y aclamado como rey y dueño absoluto de Nouka-Hiva, donde imperó largos años en unión de su fiel esposa, la hechicera y encantadora Omay.

J. M. C.

## UNA MONTERÍA EN LAS ALJABARAS.

Si Málaga, por sus condiciones topográficas, no ofrecía los elementos propios para realizar esas encantadoras luchas del arte venatorio con la agilidad é instinto de las reses, buscarlas en otra parte era la misión de los verdaderos aficionados, áun á costa de dispendiosos sacrificios. A este efecto ya conocen nuestros lectores que el año último se reunieron los más caracterizados elementos de la afición en Málaga, constituyendo una Sociedad que, con el nombre de la *Malagueña*, realizó algunas monterías en el referido coto de las Aljabaras con excelente resultado; pero que, por circunstancias que no son del caso, disolvióse á poco tiempo, refundiéndose en la que con el nombre de la *Consecuente* viene hoy funcionando, y que promete días de verdadera diversión á sus asociados, que en número solamente de nueve, y teniendo por Presidente al Sr. D. Eduardo Loring Oyarzabal; por Tesorero al Excelentísimo Sr. D. Francisco Cerveró y de Naldés, y por Secretario al Sr. D. Carlos Lafuente y Lancha, han realizado inmensos sacrificios hasta lograr en renta los extensísimos cotos de las Aljabaras, Obra Pía, Sierra del Caballo, y otros, que enclavados en las frondosidades de Sierra Morena, ofrecen hermosas manchas, donde las abundantes y más codiciadas reses prestan el más ardiente incentivo áun á los ménos aficionados á la montería.

Montear; hé aquí una palabra cuyo valor no conoce el que no ha asistido una vez siquiera á tan divertido ejercicio: para el cazador por instinto, para el cazador de pura sangre, es la síntesis de la diversión, es lo que embarga, lo que enajena, en una palabra, porque es preciso conocer todos los detalles; desde el momento de comer las clásicas migas y prepararse para ir á la mancha, todo distrae, todo enloquece; los ladridos de los perros, el sonido del vigilante caracol os anuncia que la res se aproxima; la veloz carrera del tímido ciervo ó el fugitivo corzo; el aterrador gruñido del furioso jabalí, que corta á su paso las endurecidas jaras y las antiguas madroñeras; la lucha encarnizada de los perros y las acorraladas reses, todo tiene un encanto difícil de explicar y más difícil aún de comparar con ningún otro; añadid á todo esto el hermoso cuadro de una naturaleza lozana, de unos paisajes arrobadores, y tendréis un débil bosquejo de lo que es una montería.

Ocuparnos ligeramente de la realizada por algunos socios de la *Consecuente* el 24 del pasado Noviembre es hoy nuestro objeto, sintiendo que el reducido espacio de que disponemos no nos permita referir todos los detalles que la constituyeron.

Tomaron parte en esta montería, como individuos de la referida Sociedad, los Sres. D. Carlos de Lafuente y Lancha, D. Enrique del Olmo, D. Ricardo de Lafuente y Lancha y D. Eduardo García Pérez, y como invitados, los señores D. José Ruiz y Huertas, D. Manuel Medrano, Don Juan M. Padilla, D. Francisco Aranda, D. José Martínez y D. Francisco Requena.

Reunidos los citados señores el 24 en la noche en la casa señorial de Aljabaras, y contando con las reales de perros suficientes y el número de podenqueros y tiradores



que el caso exigía, fué nombrado por unanimidad capitán de la montería el Sr. D. José Ruiz, cuya inteligencia y pericia le hacía acreedor al cargo, que fué aceptado por el mismo con gran satisfacción de todos.

Aunque el estado del tiempo no ofrecía las mayores seguridades de que la cacería saliera con lucimiento, se empezó á cazar el 25 por la *mancha* de los Azores, designada de antemano por el capitán y *ponedores*. Hechas por aquél las correspondientes observaciones de que los podenqueros acollarán los perros y no pusiesen las cencerillas hasta la entrada de la *mancha*, y de que todos llevasen las escopetas descargadas hasta entrar en sus puestos, entraron en los suyos los expedicionarios á las nueve de la mañana.

Los tiros de los ojeadores, el sonido entusiasta de los caracoles y los tenaces ladridos de los perros hicieron ver que la montería empezaba, tras de lo que el Sr. D. Ricardo de Lafuente vió dos hermosos venados que se dirigían hácia su paso, pero que cargándoles el aire, variaron de dirección, tirándole el referido señor fuera de jurisdicción y sin resultado; treparon las reses la loma inmediata donde se echaron, pero pronto las levantaron los perros que habían seguido su pista; perdiéndose de vista uno de ellos, y el otro, de once puntas, se dirigió al paso que ocupaban D. Enrique del Olmo y D. Eduardo García, deteniéndose á ochenta pasos de dichos señores, quienes, no pudiendo mejorar, le dispararon sin resultado, y vuelto á tirar, el Sr. García le dió un balazo en el centro y parte inferior de la espina dorsal, y el Sr. Olmo otro en el cuarto izquierdo, verificándose por este hecho la *profesión* del señor García, como es costumbre en Sierra Morena. Don Carlos Lafuente disparó fuera de jurisdicción dos tiros á una piara de cinco marranos, sin resultado, matándose por José de la Cruz una marrana. Resumen de la Mancha de los Azores: reses vistas, diez y seis; tiradas, ocho; muertas, dos.

Designóse por el Sr. Ruiz montar el día 26 las *manchas* de Palancares, Chopo y *Castaño*. El referido capitán y el ponedor *Bizcochero* dispararon á un corzo fuera de jurisdicción y sin resultado. Los perros coparon un magnífico jabalí, que hirió á once de ellos, pertenecientes en su mayoría á D. José Alzate. El Sr. Lafuente (D. Ricardo) tiró en jurisdicción un jabalí, sin resultado. Levantado un corzo, pasó á nado el río Benmesa, y á pesar de la crecida corriente, fué seguido por un perro del Sr. Capitán. Un criado de éste, llamado Rafael Fera, mató un jabalí en jurisdicción, habiéndose visto en este día seis reses, tirado tres y muerto dos.

Una copiosísima lluvia impidió el 27 salir al campo, y aunque al siguiente día el tiempo era el mismo, se aprovechó una ligera clara para montar los *Cuarterones*, sitio en que se vieron algunas marranas, que fué imposible tirar por apretar el agua con una terrible intensidad.

No sucedió así el día 29, en que un sol esplendente prometía buenos resultados. Salíóse á montar las manchas Almendral y Cuesta de los Mulos. En la primera se corrieron una cierva y un *galuto*, que fué muerto por el señor D. Carlos Lafuente, y tomando la primera la dirección de D. Ricardo Lafuente, fué desviada por un impremeditado tiro del Sr. Requena; tomó entonces la res la dirección del Sr. Olmo, y fué desviada nuevamente por otro impremeditado disparo del referido Sr. Requena, perdiéndose así una res cuya muerte era segura. Viéronse en este día cuatro reses; dos fueron tiradas y una muerta.

Un temporal deshecho parecía impedir el día 30 toda operación venatoria; pero aprovechando una clara se montó el Moyano, donde seguramente se hubiera obtenido buen resultado á no volver el agua, viéndose, sin embargo, un jabalí, al que el Sr. Olmo dió un chasponazo en el lomo, y tomando la dirección del Sr. Requena se quitó del paso, perdiéndose la oportunidad de matarlo.

Amaneció el 1.º de Diciembre, y lo hermoso del tiempo prometía un resultado satisfactorio. Monteáronse las manchas Corcha y Cabeza Redonda, levantando en la primera dos venados, uno de los cuales fué muerto por el ponedor *Zargaton*, y el segundo fué tirado con prisa por el Sr. Ruiz, que había soltado la escopeta y no estaba preparado; siguiendo la res su veloz carrera, entró por frente al paso del Sr. García, quien ocultándose en el momento preciso en que debió disparar, no logró verificarlo oportu-

namente. La segunda de las citadas manchas ofreció un hermoso *cornavallon* de trece puntas, que fué muerto por el ponedor *Bizcochero*.

El día 2 fué uno de los que más accidentes ofrecieron en la montería. Designadas las manchas de Piedras Pajarras y Mohino por las buenas noticias que de ellas trajeron los ponedores, se hicieron los preparativos con el mayor apresuramiento para aprovechar el buen tiempo, que no estaba muy seguro, pues el horizonte empezó á cubrirse de espesos nubarrones. La primera que saltó fué una cierva que, copada por los perros del Sr. Alzate, fué muerta por su batidor; más tarde el Sr. Olmo vió dirigirse á su paso otra cierva, que varió de dirección por cargarle el aire, tirándola dicho señor fuera de jurisdicción y sin resultado; el Sr. Ruiz disparó sobre otra cierva que venía acompañada de su galuta, cayendo al primer tiro, y hecho el segundo sobre la cría, no tuvo resultado.

Don Carlos Lafuente hirió á larga distancia un venado, que á pesar de la sangre que dejó y de los esfuerzos de dicho señor, no pudo cobrarse. La reala del Sr. Medrano enriscó un venado, que fué muerto por su batidor. En este día se vieron nueve reses y fueron muertas tres de ellas.

Tocóle el día 4 ser monteada la Mancha de Valloa, que por la mucha querencia y buenas condiciones parecía había de dar buenos resultados: mas no fué así, pues sólo se vió una cierva muerta, herida días ántes, un venado que tiró el señor Capitán á quince pasos y sin resultado, y una galuta que mató en jurisdicción el Sr. García.

El mal tiempo impidió montar más el día 4, y se pensó en volver á Málaga; pero queriendo aprovechar el día 5, se despidieron los expedicionarios monteando la Sierra del Caballo, á pesar del mal tiempo.

Colocados en los pasos, la primera res que corrió fué un gran jabalí, que copado por los perros del Sr. Medrano, tomó la dirección del paso del Sr. Lafuente (Don Carlos), y disparándole éste é hiriéndole de muerte, tuvo que hacer un segundo disparo en defensa propia y otro para rematar la res, que parecía dispuesta á dar fin de la reala.

El ponedor *Bizcochero* mató un venado, y el Sr. Olmo tiró una cierva sin resultado, matándola después el señor Requena. Padilla disparó sobre otra cierva, sin acertar, y Requena (hijo) mató un jabalí, habiendo visto cuatro reses más que no pudo tirar, hiriendo un guarda una cierva, que no pudo cobrarse por efecto de la lluvia, y por último, el Sr. Lafuente (D. Ricardo) tiró una cochina á larga distancia y sin darle. Resumen de este último día: se vieron catorce reses y se mataron cuatro.

Concluida de tan satisfactoria manera la expedición de los individuos de la *Consecuente*, sólo nos resta darles la más cumplida enhorabuena por los resultados obtenidos, deseándoles que éstos les sirvan de aliciente para fomentar cada vez más tan agradable diversión, una de las que mayor solaz y atractivos reúne.

Una nueva montería preparan tan infatigables como excelentes cazadores, y no dudamos que el éxito sea tan lisonjero como lo merece quien como ellos hace grandes sacrificios por dejar bien puesto en nuestra localidad el nombre de la afición venatoria.

RETACO (del *Juanero*).  
(Málaga.)

## EL TIRO DE BALAS.

Mi constante afición á la montería me ha hecho pensar mucho sobre la carga de la escopeta, y especialmente sobre el número y combinación de los proyectiles, á fin de que éstos lleguen de tal manera unidos á la distancia de veinte á ochenta pasos, á que generalmente suelen tirarse las reses, que todos ellos se aprovechen con buen resultado para que aquéllas queden rematadas en el tiro, en cuanto sea posible, y sin molestia ni peligro para el cazador.

Unos tiran con una sola bala, ya esférica, ya cónica, según que el cañón sea liso ó rayado, con el inconveniente de que pueda escapar más fácilmente sin dar á la res, ó de que la herida no sea tan grave para dar con ella siempre en tierra, á no ser que toque en sitio de preferencia; otros tiran con dos balas esféricas en cañón liso, con la exposición de que el impulso que la una imprime á la

otra en un punto sólo de su esfera las separe considerablemente á cierta distancia, y no puedan dar ambas en el cuerpo de la res; éstos suelen *encadenarlas* por medio de un corte de navaja en cada una, uniéndolas ambas caras y retorciéndolas sobre sí mismas, adhesión que dura poco y puede ser peligrosa para el cañón; otros, en fin, tiran con tres balas y aún con mayor número de pequeños proyectiles, con la esperanza de producir más heridas, pero con la seguridad de que sean menos graves y eficaces para matar las reses.

Es indudable que la suerte suele hacer que la res que aparece más difícil y á mayor distancia y en peores condiciones se la mate con el tiro menos bien preparado; pero esta excepción nos obliga á que estudiemos la manera de cargar bien la escopeta para hacer una regla general, aproximándonos al mayor acierto.

Ni un proyectil es tan cierto y eficaz como dos; ni dos balas, aunque estén *encadenadas*, van adheridas hasta llegar cerca del punto objetivo, ya en línea horizontal ó perpendicular; ni tres forman un triángulo en el cuerpo de la res, como su número parece indicar al fantástico deseo de los cazadores. El caso es preparar los proyectiles de modo que no puedan menos de ir juntos, que sean bastantes para herir á la res, y no tantos que comprometan la suerte del cazador reventando el cañón de la escopeta, ó alterando la puntería por el fuerte culatazo de ésta. Tales son las consideraciones que he tenido presentes en mis ensayos hasta llegar á la combinación de balas que he adoptado.

Yo uso dos balas cónicas que pesan próximamente onza y media entre las dos; la inferior es sólida, que se asienta perfectamente por su base plana sobre el taco de la pólvora, y recibe todo su impulso sin desperdiciar nada por los lados como la bala esférica; y la superior, hueca por su base, donde se aloja el cono de aquélla, formando ambas casi un mismo cuerpo por la perfección de su ajuste, en lo cual está el mérito del autor del balero. Estas dos balas salen unidas, se separan un poco á los 15 ó 20 pasos, y llegan hasta los 60 ú 80 en disposición de poderse clavar en el estrecho espacio de la cabeza de una res, por pequeña que sea.

El Sr. Gutierrez de la Vega se hizo un balero de mi invención, y ensayando el tiro en América contra un grueso y duro madero de caoba, por supuesto con cañón liso, logró poner las dos balas á 50 pasos embutida la una en la otra, en forma de una torta de plomo del tamaño casi de la palma de la mano.

Con este método las balas están equilibradas en su peso, va impulsando perfectamente la una á la otra, llegan casi unidas á regular distancia, y no se dan muchos casos de que hiera una á la res y se pierda la otra, sin que el culatazo de la escopeta sea notable, por lo mismo de ir ambos proyectiles unidos lo más sólida y artísticamente posible.

EL CONDE DE VALMASEDA.

## TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA ORDINARIA DEL DÍA 16 DE ENERO DE 1880, Á LAS DOS DE LA TARDE.

La primera piña, cada tirador á su distancia, de cinco pichones y tres tiradores, la ganó, matando cuatro de seis tiros, el Sr. Marqués de Ahumada, contra los Sres. D. Eduardo Anspach y Vizconde de la Torre de Luzon.

La segunda piña, lo mismo que la anterior, la ganó, matando cinco de seis tiros, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. Marqués de Ahumada y Vizconde de la Torre de Luzon.

La tercera piña, cada uno á su distancia, de tres pichones y dos tiradores, la ganó, matando tres de cinco tiros, D. Eduardo Anspach, contra el Sr. Marqués de Ahumada.

La cuarta piña, cada uno á su distancia, de tres pichones y cuatro tiradores, la ganó, matando cuatro de cinco tiros, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. Marqués de Ahumada, Conde de Gomar y Vizconde de la Torre de Luzon.

La quinta piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y seis tiradores, la ganó, matando tres de tres tiros, el Sr. Marqués de la Mina, contra los Sres. D. Eduardo Anspach, Marqués de Ahumada, Vizconde de la Torre de Luzon, Duque de Huéscar y Conde de Gomar.

La sexta piña, cada tirador á su distancia, de cinco pichones y siete tiradores, la ganó, matando cinco de seis tiros, el Sr. Duque de Huéscar, contra los Sres. D. Eduardo Anspach, Marqués de Ahumada, Marqués de la Mina, Vizconde de la Torre de Luzon, Duque de Fernán Núñez y Conde de Gomar.

La séptima piña, lo mismo que la anterior, la ganó también, matando cuatro de cinco tiros, el Sr. Duque de Huéscar, contra los señores Marqués de Ahumada, D. Eduardo Anspach, Vizconde de la Torre de Luzon, Duque de Fernán Núñez, Marqués de la Mina y Conde de Gomar.

La tirada terminó á las cuatro y media.



## GACETILLA.

CACERÍA REAL ESPAÑOLA EN PARÍS.—En una carta de París leemos lo siguiente:

«S. M. la Reina doña Isabel está de regreso de su *château* de Fontenay, en donde ha pasado tres días acompañada de varios personajes, entre ellos el Príncipe Luis de Borbon, M. de Cassagnac y otros. Se ha hecho una cacería para terminar la estación, en la que se han matado 240 piezas, y S. M. ha enviado al rey D. Alfonso veinte magníficos faisanes.

»La caza ha sufrido mucho en la estación en toda Francia, y las perdices, faisanes, liebres y venados en algunas propiedades han perecido por falta de alimento. Sólo los propietarios que han tenido cuidado de abrir calles en las nieves de los bosques, para facilitar el paso de estos animales, podrán conservar la cría para el año próximo. En algunos puntos se ha perdido completamente. Fontenay podrá conservar su caza entera, por la dirección inteligente que se ha dado á este trabajo de saneamiento.»

Los periódicos de Madrid, al reproducir la carta anterior, han añadido lo que sigue:

«El conocido hombre político y afamado cazador Sr. Gutierrez de la Vega, Director de LA ILUSTRACION VENATORIA, ha recibido por el Real Palacio un regalo especial de S. M. la reina doña Isabel II, que consiste en unos faisanes muertos por S. M. en la última cacería que dicha augusta señora ha dado en su *château* de Fontenay Tresigny, cerca de París, que es el encanto de los cazadores que frecuentan aquellos magníficos bosques.»

Efectivamente, el Director de LA ILUSTRACION VENATORIA tiene que enviar también desde aquí á la augusta reina doña Isabel II el homenaje de su lealtad con el de su gratitud, por la distinción que le ha dispensado con tan precioso regalo.

Á LOS VITICULTORES DE ESPAÑA.—Creemos hacer un verdadero servicio, tanto á éstos como á los fabricantes de vinos, cervezas y licores, recomendándoles con el mayor encarecimiento la adquisición de la preciosa obra ilustrada que, con el modesto título de *Notas para la cartera del viticultor*, acaba de publicar el Sr. D. José María Calvo, Director de la *Gaceta Vinícola*. La competencia notoria del autor para tratar la materia, y la provechosa enseñanza que contiene la obra, hacen digno al libro de los elogios que le han tributado los inteligentes y la prensa profesional, considerando útil y necesaria su lectura para todos cuantos se dedican al cultivo de la vid, ramo el más importante hoy de la riqueza nacional.

Agradecemos al Sr. Calvo el envío del libro á que nos referimos, que se vende á cinco pesetas en la Administración de la *Gaceta Vinícola*, Carretas, 41, 3.º, izquierda, único punto á donde deben dirigirse los pedidos.

CUNDE EL ESPÍRITU DE ASOCIACION.—Leemos lo siguiente en la *Revista Venatoria* de Huesca:

«Hemos tenido el gusto de recibir una carta que nos dirige desde Logroño un aficionado á la caza, pidiéndonos noticias y datos sobre la formación y régimen de la Sociedad de cazadores y pescadores de Huesca, con objeto

embargo, los aficionados han podido dedicarse á la caza de ánades, que en número considerable y jamás allí visto, han invadido las lagunas, ríos y acequias.

Caza muerta en Bohemia.—La estadística oficial publicada recientemente en Bohemia manifiesta que en el año 1878 se han muerto en este país 1.030.020 piezas de caza útiles y 66.681 dañinas. La primera cifra contiene 432.957 animales de pelo y 597.063 animales de pluma. Entre los animales útiles figuran 10.391 ciervos de varias clases, 560 jabalíes, 405.440 liebres, 16.566 conejos, 542 becasas, 2.676 gallos silvestres, 380 francolínes, 33.853 faisanes, 535.147 perdices, 8.911 codornices, 3.798 becacas, 345 ánades y 10.671 patos salvajes.

Entre los animales dañinos se cuentan 2.899 zorros, 2.489 martas, 157 nutrias, 4.693 gatos salvajes, 614 tejones, 483 ardillas, 23 águilas, 197 buhos, 38.095 halcones, 9.174 mochuelos y 857 cornejas grises.

CACERÍA REGIA EN ALEMANIA.—En la última cacería Real en Wusterhausen, junto á Berlin, treinta y dos cazadores, entre los que se hallaban el emperador Guillermo y el Gran Duque Uladimiro, de Rusia, se han muerto 287 piezas de caza mayor, entre ellas 186 ciervos y 99 jabalíes.

APARICION DE UN CIERVO EN UNA ISLA.—Hace dos años que se soltaron en una isla desierta en las costas del Oeste de Escocia un ciervo y una cierva.

El primer invierno se mató el ciervo, queriendo saltar un precipicio en las rocas escarpadas de la isla. El segundo se encontró otro ciervo con la hembra.

Todos los que han tenido conocimiento del hecho se preguntan cómo ha podido llegar á este sitio,

estando la isla separada del continente por un brazo de mar de 2 kilómetros de anchura, hasta en la marca baja, y los montes que están poblados de ciervos más próximos, á una distancia de 50 kilómetros lo menos.

TIRO AFORTUNADO.—En una batida en el condado de Sussex, en Inglaterra, han sido muertos de un tiro de escopeta cinco faisanes.

Las aves corrian unas en pos de otras por un sendero, y cuando arrancaron juntas, el cazador las cogió en línea, y ni una escapó con vida.

PRECIO DE LOS LEBRELES EN INGLATERRA.—En la venta de lebreles de carrera que acaba de celebrarse en Londres, los precios han fluctuado entre 5 y 17 guineas.



LA PESCA CON CORCHO.

de instalar en aquella provincia una asociación análoga, que tenga por exclusivo fin, no sólo observar sus individuos, sino también hacer cumplir á los demás las prescripciones de la ley de Caza y pesca.

»Al enviar á nuestro compañero los datos que reclama, no podemos menos de instarle y estimular á los buenos cazadores de Logroño á la realización de su pensamiento, significando al propio tiempo nuestra satisfacción al ver que la obra de propaganda iniciada por LA ILUSTRACION VENATORIA, y continuada por los periódicos cinegéticos de provincias, va produciendo importantes resultados.»

AVES ACUÁTICAS.—En la última quincena del mes pasado se han dejado sentir en nuestro país, dicen de Huesca, frios intensos y extraordinarios, que han paralizado y suspendido muchas expediciones venatorias. Sin

## ANUNCIOS.

BIBLIOTECA VENATORIA DE GUTIERREZ DE LA VEGA.—Colección de obras clásicas españolas de montería, de cetrería y de caza menor, raras, inéditas ó desconocidas, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, para ilustración de los cazadores, deleite de los eruditos y gloria de la lengua castellana.—Ediciones de lujo con caracteres elzevirianos y en papel de hilo.—Se ha publicado el *Libro de la Montería* del rey D. Alfonso XI, con un discurso y notas del Excelentísimo Sr. D. José Gutierrez de la Vega. Consta de dos gruesos tomos en 8.º, que han valido, por suscripción, á 6 pesetas cada uno en Madrid, y á 7 pesetas en provincias.—El volumen III de la *Biblioteca Venatoria* está publicado también y contiene el solo dos obras, el *Libro de la Caza* del príncipe D. Juan Manuel, y el *Libro de la Caza de las Aves* de Pero Lopez de Ayala, con un discurso y notas del Sr. Gutierrez de la Vega. Ha costado por suscripción 6 pesetas en Madrid y 7 pesetas en provincias.—Se hacen los pedidos dirigiéndose á la Administración, y mandando letra de cambio por el valor de la suscripción.—Redacción y Administración de la *Biblioteca Venatoria* y de la *LA ILUSTRACION VENATORIA*, calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid.

INVESTIGACIONES SOBRE LA MONTERÍA y demás ejercicios del cazador, por D. Miguel Lafuente Alcántara, reimpresas con una introducción por el Excmo. Sr. D. José Gutierrez de la Vega.—Un volumen en 8.º, edición elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de sesenta ejemplares numerados que no se ha puesto á la venta.

BIBLIOGRAFÍA VENATORIA ESPAÑOLA, por el Excelentísimo Sr. D. José Gutierrez de la Vega.—Un volumen en 8.º, edición elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de veinticinco ejemplares numerados, en gran papel con grandes márgenes, que no se ha puesto á la venta.

ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA.—Este precioso ALBUM es un hermoso volumen en folio, del mismo tamaño que LA ILUSTRACION VENATORIA, conteniendo más de cien magníficos grabados de escenas de caza y pesca, que, elegantemente encuadernado, constituirá el más bello adorno del gabinete de un aficionado á estos deleites, y podrá separarse en láminas para decorar una habitación.

Como que el ALBUM se compone de los grabados publicados en el primer año de LA ILUSTRACION VENATORIA, podrá suplir á la colección del periódico del mismo año para los nuevos suscriptores que no pueden adquirirla, por haberse agotado completamente, y aún será muy agradable para los antiguos que quieran poseer tan bella colección de láminas tiradas aparte con notable esmero.

El ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA se enviará inmediatamente, encuadernado en rústica, franco de porte por el correo, á todos los señores de provincias que lo pidan, librándolo 10 pesetas á esta Administración (calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid). A los de Madrid que lo deseen se les llevará á sus casas por el mismo precio.

Hay también ejemplares del ALBUM preciosamente encuadernados, que no pueden enviarse por el correo, pero que se expenden en la Administración en Madrid, con 10 reales de aumento, es decir, á 50 reales.

Madrid, 1880.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau y C.ª (sucesores de Rivadeneyra), IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M. Calle del Duque de Osuna, n.º 3.